

CRECER EN MADRID: CONJETURAS SOBRE EL JOVEN DIEGO DE
ROSALES¹

*GROWING UP IN MADRID: CONJECTURES ABOUT YOUNG DIEGO DE
ROSALES*

Claudio Rolle Cruz
Pontificia Universidad Católica de Chile
crolle@uc.cl

1. Este artículo se ocupa de un territorio incierto y conjetural, que nos hace evidente cuán amplia es nuestra ignorancia sobre la aventura humana en el tiempo y en el espacio, eso que llamamos historia. Busca retomar en parte argumentos tratados hace ya tiempo (ver Rolle) y subrayar la conveniencia de propiciar una mirada panorámica sobre el mundo en que nació, se formó, trabajó, viajó y escribió el jesuita madrileño. En estas pocas páginas busco acercarme al mundo de la infancia y juventud de Diego de Rosales a través de un ejercicio de aproximación a un ambiente, a un tiempo y a un lugar. Se trata de un ejercicio fundado en el denotar, en el subrayar ciertos datos, en el establecer relaciones entre acontecimientos más o menos lejanos que pudieron incidir en la formación de una visión de mundo, una memoria y una experiencia del jesuita que llegaría a hacerse chileno al escribir su *Historia general de Chile, Flandes Indiano*.

Se trata de poner en acto una cierta idea de la historia que ve esta disciplina como fragmentaria, conjetural y propositiva. La historia es una disciplina fragmentaria, en cuanto el conocimiento del pasado se hace posible a través de fragmentos, pedazos e impresiones muchas veces regidos por el azar y que los historiadores recogen y estudian buscando significados posibles. Es conjetural, pues a través del ejercicio de la conjetura —juicio basado en los indicios o señales que se observan— se establecen líneas

¹ El presente trabajo forma parte de la producción comprometida en el proyecto FONDECYT Regular N° 1161277, que lleva por título “Estudio, edición y notas de la crónica *Historia general del reino de Chile, Flandes Indiano*, de Diego de Rosales”, cuyo investigador responsable es Miguel Donoso, de la Universidad de los Andes, y del cual soy coinvestigador junto a Rafael Gaune, de la Pontificia Universidad Católica de Chile.

de interpretación y comprensión de fenómenos históricos. Es propositiva, en cuanto se trata de un ordenamiento de los datos fragmentarios que, después de un riguroso y razonado análisis conjetural, se presentan como propuesta de cómo pudo haber sido el misterioso país del pasado (ver González y Rolle 34-35). En efecto, conocemos la historia, las acciones y emociones de los seres humanos a través de fragmentos que muchas veces se conservan de manera accidental o sin un sentido prefijado. En el caso de Diego de Rosales tenemos un conocimiento de su vida esencialmente fragmentario, con grandes vacíos, con enormes silencios que se refieren a su vida familiar y a sus años previos a esa segunda existencia que representa el ingreso en la Compañía de Jesús, que, a través de sus constituciones y normas, tiene una verdadera devoción por la memoria y con ella preserva parte de las huellas y del paso de sus hombres por este mundo. Con estos datos fragmentarios y con la conciencia de los silencios, de los vacíos que existen sobre espacios importantes de la vida de Rosales, podemos trabajar con indicios tomados de la obra del jesuita madrileño y los registros de su trayectoria como miembro de la Orden de San Ignacio. Así, con un trabajo más o menos sistemático de conjetura, se hace plausible el uso de la imaginación creativa para ensayar un escenario de comprensión de la vida de Rosales. En lo que sigue se transitará por este terreno que ya advertíamos como incierto, pero no por ello inútil en la tarea de tratar de conocer vidas ya pasadas de este mundo.

2. En sus *Recuerdos de infancia* Giuseppe Tomasi di Lampedusa hace referencia al *Henry Brulard* de Stendhal, destacando que “hay en él una inmediatez de sensaciones, una evidente sinceridad, un admirable esfuerzo por liberar los estados sucesivos de recuerdos y llegar al fondo. ¡Y qué lucidez de estilo! ¡Y qué conjunto de impresiones tanto más preciosas cuanto más comunes!”. Se trata de la Introducción de esta obra, en la que busca situar su ejercicio de memoria y escritura, y por ello indica:

Quisiera hacer lo mismo. Me parece incluso una obligación. Cuando se está en el declinar de la vida es imperativo tratar de recoger lo más posible de las sensaciones que han atravesado nuestro organismo. A pocos les resultará hacer de este modo una obra maestra (Rousseau, Stendhal, Proust), pero a todos debiese ser posible preservar de tal modo algo que, sin este leve esfuerzo, se perdería para siempre. La obligación de tener un diario o de escribir a una cierta edad las propias memorias debería ser un deber “impuesto por el estado”: el material que se habría acumulado después de tres o cuatro generaciones tendría un valor inestimable: muchos problemas psicológicos e históricos que asaltan a la humanidad estarían resueltos. No existen memorias, aun si escritas por personajes insignificantes, que no guarden valores sociales y pintorescos de primer orden. Trataré de adherir lo más posible al método de *Henry Brulard*, incluso en el dibujar las “plantas” de las escenas principales (Tomasi di Lampedusa 25-26).

Me permito esta larga cita porque nos permite una reflexión crítica sobre las fuentes memorialísticas y las literarias en general, y su enorme potencial para la representación y comprensión de la historia. Cuando se trata de textos ficcionales se genera una condición que nos permite apreciar en ellas a “testigos a pesar de sí mismos”, para usar la expresión que utilizara Marc Bloch en su *Apología para la historia*. El escritor siciliano hace notar y advierte que

los recuerdos de la infancia consisten, casi todos creo, en una serie de impresiones visivas muchas de las cuales clarísimas, privadas sin embargo de cualquier nexo cronológico. Hacer una “crónica” de la propia infancia es, creo, imposible: aun poniendo la máxima buena fe se llegaría a dar a menudo una impresión falsa basada en espantosos anacronismos. Por eso seguiré el método de reagrupar por argumentos, tratando de dar una impresión global en el espacio más bien que en la sucesión temporal. Hablaré de los lugares de mi infancia, de las personas que la circundan, de mis sentimientos, de los cuales no trataré de seguir su desarrollo “A priori”. Puedo prometer de no decir nada que sea falso. Pero no voy a querer decir todo. Me reservo el derecho de mentir por omisión. A menos que no cambie de idea (Tomasi di Lampedusa 26-27).

El modo de construir el relato de sus recuerdos de infancia resulta seductor cuando nos aproximamos a una fase de la vida de un autor de una obra significativa, pero cuya existencia resulta lacunosa en varias etapas. Es una invitación a trabajar con los datos contextuales y a conjeturar sobre posibilidades de comprensión de una vida en sus lugares y en su época. En este sentido, el acercarse con curiosidad e imaginación al mundo en el que nació Diego de Rosales no nos dará certezas sobre su vida, pero sí nos ofrecerá posibilidades de una más rica comprensión de su existencia y legado. En lo que sigue quiero destacar tres aspectos puntuales que pudieron –y en mi opinión debieron– haber dejado huella en el joven Rosales.

3. La primera cuestión que quiero plantear se refiere al escenario en el que creció Diego de Rosales: la ciudad de Madrid y los cambios que vivió en las primeras décadas del siglo XVII. No es un dato menor que al nacer Diego la corte no reside en Madrid, sino en Valladolid, y allí permanecerá hasta 1606, fecha del retorno a la ciudad del Manzanares y punto de inicio de un acelerado crecimiento que se prolongará hasta 1630. Se ha destacado que

el retorno de la Corte en 1606 volvió a desencadenar una imaginación masiva de nobles, clérigos, burócratas, artesanos y comerciantes procedente de otras localidades del reino, a la que pronto se unió otra compuesta por campesinos empobrecidos en pos de mejores oportunidades o simplemente huyendo de los efectos de la recesión que asolaba el agro castellano. Como consecuencia de este desembarco humano, durante el primer cuarto del siglo XVII se produjo

un espectacular crecimiento de los moradores de la Villa y la Corte, dada que su número prácticamente se triplicó, hasta los 130.000 habitantes en 1629, año en el cual Madrid se situó entre las diez ciudades más grandes del continente europeo (López García 163-164).

La ciudad se dinamiza y se beneficia, entre otros factores, de las treguas que en las numerosas empresas bélicas de España se viven en los años que circundan el nacimiento de nuestro autor. Sobre todo

Madrid se fue transformando en una ciudad barroca; es decir se crearon nuevos espacios y se modificaron otros ya existentes para realzar los actos públicos y festivos de la Monarquía y las clases privilegiadas. Así, la plaza Mayor se configuró entre 1617 y 1619 como el espacio público de la Villa por antonomasia; sus enormes dimensiones –un rectángulo de 120 por 90 metros– permitieron el desarrollo de ejemplarizantes autos de fe, ejecuciones públicas, juegos de cañas y corridas de toros a los que el pueblo asistía como mero espectador. Igualmente, las calles de Alcalá, San Jerónimo o Mayor y las plazas de Santa María, Palacio, Encarnación, Sol y Descalzas se convirtieron en escenarios solemnes de la propaganda política y religiosa (López García 168).

El crecimiento de la población supuso, como es natural, el surgimiento de nuevas necesidades básicas y por ende el urgente desarrollo de servicios para atender a una ciudad que en el corto plazo había triplicado su población. Se vivió entonces un periodo de auge de construcciones de palacios nobiliarios, edificios vinculados al gobierno de la Monarquía y conventos que dinamizaron la vida de la ciudad e incrementaron su superficie, haciéndose una ciudad más difícil de controlar y recorrer². A mediados de la tercera década del siglo XVII, cuando Rosales se formaba como jesuita en la ciudad, el rey Felipe IV mandó construir una nueva cerca que tenía como finalidad principal facilitar el control fiscal, sanitario y policial de la villa y de la Corte. Con el paso de los años del reinado de Felipe IV la ciudad de Madrid fue “la corte de los espectáculos deslumbradores, las fiestas caballerescas y la disipación bulliciosa”, como la llama José Deleito y Piñuela (9). Es plausible pensar que el joven Rosales, que deja la ciudad para ir a estudiar a Alcalá de Henares a fines de la segunda década del siglo, quedase impresionado con las transformaciones de su Madrid natal, coincidiendo su ausencia con la construcción de la Plaza Mayor. Para uno que quizá ya comenzaba a sentir el deseo de Indias, la naciente ciudad barroca no era de seguro atractiva.

4. Un segundo aspecto contextual que deseo destacar, relacionado con el periodo de crecimiento de Rosales en Madrid, y que coincide con el reinado de Felipe III, se

² En 1597 Madrid tenía 282 ha de superficie y pasó a 400 ha en 1625.

refiere a los cambios en el contexto internacional y a la promoción de una política de paz en el Imperio español³. Tempranamente Felipe III buscó superar los conflictos que había heredado de su antecesor, en especial las hostilidades en Flandes, Francia e Inglaterra. Fueron las circunstancias del cambio de monarca en Gran Bretaña, al asumir Jacobo I, las que facilitaron a España la consecución de un acuerdo que culminó con la paz de Londres en 1604. En los Países Bajos la situación era compleja, pues la derrota de las Dunas, fruto de los desaciertos del archiduque Alberto, fue en parte compensada con la llegada de Ambrosio Spinola, llamado a ser gran figura militar en Flandes, quien consiguió la captura de Ostende en 1604 y luego nuevas victorias en los años 1605 y 1606. No obstante estos éxitos, se fue haciendo evidente, tanto para Isabel Clara Eugenia en Bruselas como para el Duque de Lerma, que el conflicto con los holandeses se hacía interminable y no parecía clara una victoria por la vía militar, de modo tal que se abrió paso el camino de la negociación con los rebeldes, estableciéndose primero un armisticio provisional en 1607 y luego, en 1609, se estableció la tregua de doce años. Con Francia se había logrado una década antes un acuerdo mediante el tratado de Vervins, en mayo de 1598, lográndose así para el año 1610, al menos en Europa, una situación de paz para España. En este año el asesinato de Enrique IV de Francia creó un escenario favorable a la monarquía hispánica, al asumir la regencia María de Medicis, que era hispanófila y contraria a la política amenazante de Sully. De este modo, en 1612 se pactaron los matrimonios reales francoespañoles, y si bien se daba la idea de ausencia de conflictos, España tuvo en esos años encuentros bélicos con los saboyardos.

El joven Rosales vivió entonces un periodo de crecimiento de la villa de Madrid, que volvía a ser sede de la Corte, convirtiéndose en una ciudad vivaz y llena de estímulos con la notable presencia de escritores, comediantes y poetas de primera línea que eligieron la ciudad del oso y el madroño para vivir a la sombra de la Corte y sus satélites. Pero también conoció un periodo de pausa en las constantes aventuras bélicas a las que estaba sujeta una potencia con ambiciones hegemónicas como la España de los Austrias. De hecho, su formación precedente al ingreso en la Compañía de Jesús coincide con la Tregua de los Doce Años y el reinado de Felipe III que muere, joven aún, en marzo de 1621. El escenario de una pax hispánica era, con todo, engañoso. En Praga, en 1618, se iniciaba lo que a la postre sería la larga guerra de los treinta años, que resultaría decisiva para la monarquía española y su pérdida de influencia en el concierto europeo.

Con el relanzamiento del conflicto religioso, muerto Felipe III y terminada la tregua, se volvió a la guerra de Flandes, de manera que por todo lo que quedaba

³ Sobre este punto, como análisis amplio de una política imperial, ver el trabajo de Araneda Riquelme.

de la década, las noticias y acontecimientos de los Países Bajos marcaron la vida de España y su corte, siempre atenta a las noticias que llegaban del norte de Europa. En la vida cotidiana y en la memoria de Rosales Flandes se instaló como un término que indicaba una situación ciega y una lucha continua que no parecía tener fin. El cambio de monarca resulta importante, pues el joven rey Felipe IV se confió desde temprano en el auxilio de su ambicioso y grandilocuente valido: “1621. El término de la tregua de los doce años coincide con el auge del período eufórico del poder personal que encarna el conde-duque de Olivares [...] nuevo dueño del gobierno de España”, indica Vicente Palacio Atard, quien añade que “el conde-duque se hallaba, por tanto, propicio a la política de acometida y desde el primer instante optó por la reanudación de la guerra” (49), aprovechando el momento de debilidad interna de los holandeses y el mismo cambio de gobernante en España con sus proyectos y designios nuevos.

5. “Dios es español y está de parte de la nación en estos días”, señalaba el conde-duque de Olivares al conde de Gondomar en 1625, según lo recuerda John Elliot, presentando este nuevo *annus mirabilis*, en el que “incluso los enemigos de España podrían haber aceptado renuentemente que el conde-duque de Olivares no estaba totalmente equivocado en su confiada declaración sobre la afiliación nacional de la divinidad” (J. H. Elliott, *España y la guerra*, citado en Parker 156)⁴. En efecto, al retomar el conflicto en Flandes “los ejércitos españoles se apuntan triunfos, uno tras otro, en este tiempo: victoria de Fleurus -1622-, rendición de Breda -1625-, gloriosa acción immortalizada por el pincel de Velázquez” (Palacio Atard 49), y a la que también Calderón dedicara una obra celebratoria de este importante triunfo que hizo ilusionarse al valido, y con ello a la Corte, sobre las perspectivas de triunfo en la guerra luego de la tregua.

En esa fecha el joven madrileño Diego de Rosales cumplió 20 años⁵ y se encontraba en su periodo de formación en la Compañía de Jesús, a la que ingresó en otro *annus mirabilis*, esta vez de estricto significado jesuita. En efecto, en 1622 fueron canonizados Ignacio de Loyola y Francisco Xavier, los dos primeros santos de la Compañía de Jesús llevados a los altares, a ochenta años de la aprobación de la orden por Pablo III, la que recibía así un importante reconocimiento, con dos de sus fundadores como figuras de santidad.

Rosales había recibido formación temprana en la Universidad de Alcalá de Henares y su destino parecía encaminarse por el mundo de las leyes; sin embargo, este proyecto cambió a inicios de la tercera década del siglo, al solicitar Diego su

⁴ El año 1492 ha sido presentado también como un *annus mirabilis* para España; ver el estudio de Bernard Vincent.

⁵ Hay versiones que indican que Rosales habría nacido en 1605, pero parece más fiable la fecha de 1603. Ver Hanisch 119.

ingreso en la orden fundada por los nuevos santos, que, con sus respectivos carismas, marcarían su vida. Esto porque la Compañía de Jesús había nacido con el propósito de ser una orden misionera, y ambos neo santos representaban modelos importantes en este sentido, en especial el más joven de ellos, que había dejado la vida en las tierras y los mares de Asia promoviendo la fe cristiana en las Indias⁶.

Es razonable proponer como una posibilidad legítima y significativa el imaginar y tratar de representar el clima de la España y del Madrid de 1622, es decir del momento y el lugar donde Diego de Rosales inició su vida como jesuita para, con este recurso, quizá comprender las raíces lejanas de la obra que lo mantiene vivo entre nosotros.

En ese tiempo a Madrid llegaban noticias de distintas partes del Imperio español relativas a las celebraciones de las canonizaciones de ese año, en un momento particularmente importante para la historia religiosa y cultural del catolicismo español. En efecto, no solo alcanzaron los altares y el culto universal los dos primeros santos jesuitas, sino también la carmelita Teresa de Ávila y San Isidro Labrador, que se convertirá en patrono de Madrid. A estos cuatro españoles canonizados por Gregorio XV se unía el florentino y romano Filippo Neri, que compartiría con San Isidro la condición de patrono de una gran capital, en este caso su ciudad de adopción y trabajo principal, Roma (ver Serrano Martín; Arellano *Elementos teatrales*).

El clima de la capital española en ese año fue festivo y creativo, con celebraciones y manifestaciones artísticas de diversa índole, que comprenden desde expresiones de arte efímero hasta grandes obras y el desarrollo de una importante iconografía sacra que desde la capital española saldría al mundo. Entre muchos otros autores Trinidad de Antonio Sáenz ha estudiado los artistas y la organización de los festejos por las canonizaciones de 1622, dándonos un estímulo para poder imaginar el clima ambiental de una época, aprovechando la abundancia de fuentes existentes tanto para Madrid como para otras ciudades y regiones (ver Antonio Saenz 701-704). En el mismo sentido, pero con atención prioritaria a la dramaturgia y a las obras celebratorias y alegóricas relativas a las canonizaciones, no se debe olvidar el trabajo de Ignacio Arellano y su lectura de las fiestas hagiográficas jesuitas, que ponen de manifiesto el alcance global de la celebración de las beatificaciones primero, en 1609, y luego de las canonizaciones de los dos primeros santos jesuitas (ver Arellano *América y Enseñanza y diversión*).

Si bien no se debe exagerar en la lógica conjetural, se puede, sin embargo, proponer que no debió ser indiferente ingresar a la Compañía de Jesús en este *annus mirabilis*, con ese ambiente festivo y triunfal, al mismo tiempo cargado de significados edificantes y modélicos, con historias representadas con diversos formatos y con la seductora y potente invitación al seguimiento de vidas y virtudes ejemplares. La abundancia de imágenes, textos hagiográficos y espectáculos celebrando a los

⁶ Ver para el caso italiano el libro de Gian Carlo Roscioni.

misioneros jesuitas configura un momento excepcional, y es plausible pensar que quedase en la memoria de Rosales como un registro imborrable, no solo por sus dimensiones públicas y espectaculares, sino sobre todo por sus dimensiones privadas e íntimas, cuando se atiende a un llamado vocacional. Todo esto puede encontrar un reflejo en la obra posterior de Diego de Rosales, escrita muchos años más tarde. Si bien no tenemos pruebas sólidas, sino más bien conjeturas, podemos razonar sobre el impacto que pudieron tener en el autor de la *Historia general de Chile, Flandes Indiano*, por una parte las noticias de la reemprendida guerra de Flandes, que llegaban a Madrid desde el norte de Europa, y por otra, la propuesta de modelos de santidad encarnados en Ignacio y Francisco Javier, que el jesuita madrileño trasladado a Chile adaptará muchos años más tarde para presentar, a través de una galería de retratos de misioneros, la “Conquista espiritual” del Reino de Chile.

6. Como sucede frecuentemente para esta época, no tenemos fuentes privadas y personales del joven madrileño que entra en el orden ignaciano, y por ello no podemos sino conjeturar sobre lo vivido en esos años iniciales de la tercera década del siglo XVII a través de varias fuentes indirectas, e incluso por medio de la lectura atenta de la obra de Rosales escrita y desarrollada a la distancia en el tiempo. Por desgracia, no contamos con cartas *indipetae* de Rosales, pero podemos, a través del estudio de otros documentos de este tipo y esta época hacernos una idea de las motivaciones e impulsos de los misioneros y su deseo de pasar a las Indias. Los trabajos de Aliocha Maldavsky y de Rafael Gaune en este sentido son de gran importancia y ayuda para estos ejercicios conjeturales. Es posible, con todo, “repertorizar” virtudes, méritos, imágenes, trayectorias y cultos que pueden haber dejado una impronta en el joven religioso en su etapa formativa. Esto es importante en lo que se refiere a la acción misionera y sus desafíos tanto en lo espiritual como en lo que, desde una perspectiva de hoy, podríamos llamar pastoral. En particular, esto tendrá importancia en relación con las imágenes de todo tipo y las circulaciones de estas (ver Freedberg, especialmente caps. 5 al 8), considerando sus alcances y sus usos, buscando la eficacia en la predicación y las tareas misionales. De este modo, de la notación de la edición crítica pueden llegar luces para comprender mejor esta etapa temprana en la vida de Rosales, y viceversa.

Puede ser conveniente comenzar refiriéndonos a los “temas de actualidad” de los años iniciales de la vocación de Rosales. En ese tiempo la guerra volvía a marcar la vida de España en diversos frentes, siendo con todo el más recurrente y desgastante el de Flandes con su interminable enfrentamiento bélico, tan pesado como para haber suscitado una larga tregua que se rompió a raíz del inicio de la que luego sería llamada Guerra de los Treinta Años. Las exigencias que este nuevo escenario planteaba a España son conocidas y han dado origen a la sugerente tesis de Jonathan Israel sobre el alcance más amplio del conflicto religioso en los Países Bajos.

Para nuestro ejercicio conjetural resulta especialmente significativo el hecho de que la guerra de Flandes volviera a ser un tema cotidiano, recurrente y obligado en

la vida española en general, y madrileña en particular. De hecho, se trata de un modo de vida en el que se está siempre a la espera de noticias de los diversos territorios del Imperio español, pero en especial de Flandes y su encarnizada resistencia a los soberanos Habsburgo de España. La fase de inicio o de rebrote de las guerras de religión con la crisis en Bohemia dio a los españoles la oportunidad de conducir exitosamente sus tercios en esos territorios, donde la lucha entre católicos y protestantes se había radicalizado de manera feroz ya desde fines del siglo XVI, conociendo aquellas regiones la “furia española” y la implacable dureza del duque de Alba. En aquellas regiones esta disputa ideológica había dado pie a asesinatos de sacerdotes y monjas, así como a brutales represalias, que condujeron a un enorme desgaste recíproco. Se debe recordar que el conflicto entre los Países Bajos y España será visto por los holandeses como un proceso de liberación, y se llamará a esta larga lucha “la Guerra de ochenta años” recordando que es justamente en 1568 cuando se inicia la revuelta de los súbditos de los Países Bajos contra la corona española, en tiempos de Felipe II. Serán, pues, varias generaciones de españoles y habitantes de los Países Bajos las que experimentarán la guerra como una condición permanente y habitual, como parte de un paisaje o clima ambiental en el periodo de guerras de religión, apareciendo para los españoles la causa de Flandes como una suerte de misión, mientras que para los holandeses el conflicto tiene un sello de liberación e independencia, con las connotaciones religiosas que para ambos grupos están implícitas.

Luego de la tregua de doce años, al retomarse las acciones bélicas pareció existir un momento favorable, como se desprende de la cita del conde-duque de Olivares en su correspondencia con el conde de Gondomar. En ese sentido la fase de primacía española en el conflicto que involucró a muchos países de Europa coincide con sus mayores éxitos militares y con los años de inicio de la vida religiosa de Rosales y su primera formación. Es posible imaginar que las expectativas de esa etapa de la guerra de Flandes, con los triunfos de sus tercios en los Países Bajos, derrotando a los rebeldes calvinistas, dejaran una huella en Rosales, que continuó su formación en España hasta finales de la década, cuando pasó al Perú. Se trata solo de una conjetura que, con todo, puede ayudar a entender por qué casi cincuenta años más tarde, y desde el *Finis Terrae*, el misionero, que había servido como capellán militar y vivido en una tierra de guerra, evocase al primer Flandes.

Como ha estudiado Álvaro Baraibar, la idea de Chile como Flandes Indiano no es exclusiva ni original de Diego de Rosales, mostrando cómo esa imagen fue utilizada por varios cronistas y autores anteriores o contemporáneos a Rosales. “En la obra del jesuita, la idea de Flandes aparece en varios lugares, más allá del propio título”, sostiene Baraibar, quien añade: “Sin embargo, la crónica no representa un desarrollo de la idea más allá de los ejemplos que hemos podido ver hasta ahora” (172), haciendo referencia a menciones del capítulo 4 del Libro primero de Rosales. El jesuita madrileño y el estudioso navarro destacan que la prolongación de la guerra de Chile es motivo de

comparación con el conflicto europeo, con la prolongada guerra de los Países Bajos, que es necesario destacar que ya había sido cifrada como la guerra de los ochenta años. Flandes se constituye para Rosales y para otros autores como un referente, un elemento de comparación y un instrumento de comprensión de la prolongada guerra con los habitantes indígenas de Chile. Baraibar cita el caso del comentario que Rosales hace de la llegada de Francisco Laso de la Vega y de su fama como veterano de Flandes, cuando el jesuita escribe que “a todos les avivaron las esperanzas de lo mucho que había de obrar en este Flandes segundo de Chile y sin segundo en las Indias” (citado en Baraibar 173). Quizá en esta referencia pueda encontrarse una reminiscencia a las esperanzas que en el Flandes primero pusieron los españoles, y entre ellos el jesuita en formación Diego de Rosales, cuando España tuvo sus años triunfales en la Guerra de los Treinta Años, cuando parecía que Dios era español.

BIBLIOGRAFÍA

- Antonio Saenz, Trinidad de. “Las canonizaciones de 1622 en Madrid: artistas y organización de los festejos”. *Anales de Historia del Arte* 4 (1993). 701-709.
- Araneda Riquelme, José. *La Pax Hispánica en los dos Flandes: un proceso de negociación y generación de espacios multinormativos en el Imperio español (Flandes/Arauco, 1609-1626)*. Seminario Simon Collier, 2017. 13-45. Instituto de Historia. Pontificia Universidad Católica de Chile.
- Arellano, Ignacio. “América en las fiestas jesuitas. Celebraciones de San Ignacio y San Francisco Javier”. *Nueva Revista de Filología Hispánica* 56.1 (2008), El Colegio de México.
- Arellano, Ignacio. “Elementos teatrales y parateatrales en fiestas hagiográficas barrocas (las fiestas jesuitas)”. *Revista Chilena de Literatura* 85 (2013). 101-125.
- Arellano, Ignacio. “Enseñanza y diversión en fiestas hagiográficas jesuitas”. *Doctrina y diversión en la cultura española y novohispana*. Ed. Ignacio Arellano y Robin A. Rice. Madrid: Iberoamericana, 2009a. 27-53.
- Baraibar, Álvaro. “Chile como un «Flandes Indiano» en las crónicas de los siglos XVI y XVII”. *Revista Chilena de Literatura* 85 (2013). 157-177.
- Deleito y Piñuela, José. *Solo Madrid es corte. (La capital de dos mundos bajo Felipe IV)*. Madrid: Espasa-Calpe, 1953.
- Freedberg, David. *El poder de las imágenes*. Madrid: Cátedra, 1992.
- Gaune Corradi, Rafael. *Escritura y salvación. Cultura misionera jesuita en tiempos de Anganamón, siglo XVII*. Santiago de Chile: Pontificia Universidad Católica de Chile y Universidad Alberto Hurtado, 2016.
- González, Juan Pablo y Claudio Rolle. “Escuchando el pasado. Hacia una historia social de la música popular”. *Revista de História* 157 (2007). 31-54.

- Hanisch, Walter. "La formación del historiador Diego de Rosales". *Boletín de la Academia Chilena de la Historia* 94 (1983): 115-144.
- Israel, Jonathan I. "Un conflicto entre imperios: España y los Países Bajos. 1618-1648". *Poder y sociedad en la España de los Austrias*. J. H. Elliott (ed.), Barcelona: Crítica, 1982. 145-197.
- López García, José Miguel (dir.). *El Impacto de la Corte en Castilla. Madrid y su territorio en la época moderna*. Madrid: Siglo XXI de España, 1998.
- Maldavsky, Aliocha. "Pedir las indias. Las cartas *indipetae* de los jesuitas europeos, siglos XVI-XVIII, ensayo historiográfico". *Relaciones* 132 (2012): 147-181.
- Palacio Atard, Vicente. *España en el siglo XVII*. Madrid: Rialp, 1987.
- Parker, Geoffrey. *La guerra de los Treinta Años*. Barcelona: Crítica, 1988.
- Rolle, Claudio. "La ficción, la conjetura y los andamiajes de la historia. *Verdad e imaginación en la filosofía, teología, historia y literatura*. Clemens Franken (ed.). Ediciones Universidad Católica de Chile. Santiago: 2000. 65-78.
- Roscioni, Gian Carlo. *Il desiderio delle Indie. Storie, sogni e fughe di giovani gesuiti italiani*. Torino: Einaudi, 2001.
- Serrano Martín, Eliseo. "Annus mirabilis. Fiestas en el mundo por la canonización de los jesuitas Ignacio y Francisco Javier en 1622". *La Compañía de Jesús y su proyección mediática en el mundo hispánico durante la Edad Moderna*. Ed. José Luis Betrán. Madrid: Silex, 2010. 297-343.
- Tomasi di Lampedusa, Giuseppe. *I racconti*. Milano: Feltrinelli, 1991.
- Vincent, Bernard. *1492, el año admirable*. Barcelona: Crítica, 1992.